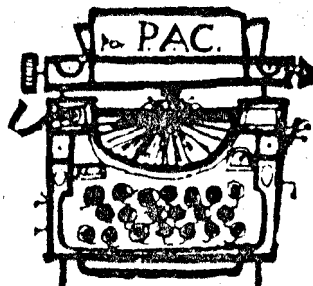


UCA  
escrito a máquina



## De la abyección al espíritu de comunidad

Una revista suramericana, en una corta información sobre la situación económica nicaragüense, cuyo recorte me llega por aéreo, dice que los hombres de empresa en Nicaragua se manifiestan optimistas a pesar de los últimos acontecimientos políticos que aseguran la continuidad y un mayor poder y control económico a la dinastía de los Somozas. Y agrega este duro comentario: (los hombres de empresa) "han comprendido, no sin ciertos escrúpulos iniciales, que la abyección es negocio".

¿Qué es la abyección?

— Es el sometimiento sin condiciones a la voluntad de otro. Cuando la inteligencia y la voluntad se entregan a otro y no dejan a salvo el derecho de exigir, fiscalizar, reclamar y participar en lo que el otro hace, la persona es abyecta: es una persona disminuida, que se inclina, que se despoja de algo esencial a su condición humana en aras de otro ser igual a quien hace superior por su rebajamiento.

Generalmente atacamos al hombre que opera como tirano, porque repugna a la naturaleza humana el endiosamiento de cualquier hombre que siempre se verifica a expensas de la dignidad de los demás. Sin embargo el hombre no se endiosa solo. Con frecuencia llega al endiosamiento no por propia superioridad sino por obra de quienes se disminuyen. El tirano es culpable porque se ciega de orgullo, y olvida su estatura humana, pero son más culpables los que calculadoramente entregan al tirano su dignidad humana, para que con ella construya su poder. Lo peor de una tiranía no es el tirano —que trata de ser más— sino los serviles (y servil significa el que tiene vocación de esclavo), que tratan de ser menos. De rebajarse.

Yo sé que al hacer este análisis mis lectores, inmediatamente, dirigirán sus pensamientos hacia una lista bastante extensa de políticos y de negociantes bien conocidos. Sin embargo, el servilismo es una pirámide y el hombre es muy dado a mirar las cúspides que sobresalen y no las bases que sostienen la estructura. El servilismo es la última etapa de una entrega —de un espíritu de abyección— que comienza a niveles mucho más profundos.

Comienza en la educación paternalista, en el aula de alumnos repetidores y aborregados —oyentes y obedientes— pero nunca enseñados a responsabilizarse de su propia educación, a participar en decisiones o siquiera a dar opiniones. Comienza en la asamblea de estudiantes cuya mayoría, educada para ser pasiva y sometida, se entrega en manos de dos o tres activistas o vociferantes que mangonean todo, mientras el resto, desidiosamente, se encogen de hombros o reniegan tímidamente en los rincones. Comienza en las sociedades profesionales y en los sindicatos donde se riñen batallas acaloradas y campañas a la hora de elegir directiva, pero una vez electa, todo se pone en manos de ella y cada cual se desentiende de su gremio hasta el año siguiente. (¡Nada le gusta más a una asamblea de nicaragüenses que elegir una "buena directiva" y dele-

gar en ella todo poder, porque, para nosotros las "directivas" siempre son buenas, magníficas, notables, hasta que prueban lo contrario). Y lo mismo pasa en las asambleas de accionistas, y en las de notables, y en las de vecinos, y en las cooperativas... vamos a ellas NO A COOPERAR, no a responsabilizarnos, sino A DELEGAR, A ENTREGAR, A FABRICAR DICTADORES A TODOS LOS NIVELES. En Nicaragua sólo se reacciona ante el robo privado. Si te tocan la esfera del "yo", chillas, disparas, matas. (Vivimos matando por un cerco, por una vara de tierra, por un ternero orejeado). Pero si se roba del tesoro público es "viveza". Somos avestruces que olvidamos (con la cabeza metida en nuestro egoísmo) que hoy día tenemos mucha más riqueza en común que en privado.

Jean Gionó decía una frase de pesimismo negro que deberíamos grabar en todos los lugares donde se reúnen nicaragüenses: "El poder gobierna como gobernarían los gobernados si tuvieran el poder". Los gobernados de Nicaragua siempre estamos cediendo el poder a alguien, siempre estamos desobligándonos de la comunidad, siempre estamos haciendo tiranos —hasta en los juegos— para irnos a casa tranquilos a meternos en el cómodo "yo-qué-pierdo" de nuestro egoísmo.

Esto no significa que no existan todavía conciencias y fuerzas vivas capaces de reaccionar, o que nuestra carrera política hacia la meta haitiana o dominicana no pueda detenerse. No creo que las reservas de dignidad y de libertad del nicaragüense estén agotadas. Pero sí significa que cualquier cambio futuro —si no quiere recaer en una nueva tiranía— tiene que promover una transformación radical de la educación nicaragüense. Más todavía: que desde ahora, todo hombre consciente que ejerza un magisterio —en cualquier campo— rectifique a fondo, desde las raíces, la educación paternalista y egoísta, que sólo enseña al educando a ser un elemento pasivo, repetidor y aislado; promoviendo el espíritu contrario: la responsabilidad colectiva, el diálogo, la acción solidaria, la inquietud creadora, el trabajo en equipo. En una palabra el espíritu comunal: la calistenia comunal: la formación de un hombre nuevo que sepa que sólo valdrá en la medida en que valga su comunidad; que sólo tendrá fuerza en la medida en que se fortalezca la sociedad de que forma parte; que sólo progresará en la medida en que participe y se responsabilice en el avance de su comunidad.

Esa formación está por comenzarse y cuanto antes se inicie (en colegios, parroquias, universidades, asociaciones, comunidades de base, grupos de reflexión, gremios e incluso partidos y movimientos) más pronto y con mayor consistencia se llegará a la liberación.

La pirámide —forma social de la abyección— no se destruye por el vértice. Para desmontarla, para hacerla imposible, hay que transformar las estructuras de la base.

PABLO ANTONIO CUADRA